

¿NIÑOS EN EL CULTO?

Introducción

¿Niños en el culto? Probablemente esta pregunta provoque diferentes reacciones: sorpresa en algunas personas, alegría en otras, talvez inclusive incomprensión. Es posible que para algunas comunidades la presencia y la participación de niños en el culto sea una práctica regular. Para otras, por el contrario, resultaría sumamente difícil pensar siquiera en tal posibilidad. En la mayoría de los casos, sin embargo, el culto regular de nuestras comunidades se caracteriza por la ausencia de niños. Es muy común escuchar, tanto de personas laicas como de pastoras y pastores, que en los cultos los niños sólo ‘molestan’ - corren, hablan o gritan, lloran - interrumpiendo el momento de devoción de las personas adultas. Sin embargo, el hecho que los niños corran, hablen y se aburran durante el culto indica que la celebración no les dice nada, que no los cautiva, que - en definitiva - no fue ideada ni preparada teniéndolos en consideración. Difícilmente podremos ‘culpar’ a alguien por esta situación: ella es fiel reflejo de nuestra sociedad actual, en la cual nos hemos acostumbrado a que cada generación realice actividades separadamente (bailes para la tercera edad, cursos para jóvenes, encuentros para niños).

Nuestras comunidades cristianas son parte de esa sociedad y al realizar cultos y/o actividades especiales para las diferentes generaciones reproducen esta realidad. En el caso de los niños ha sido creado el culto infantil, que en muchas comunidades se celebra en forma paralela al culto regular de la comunidad.

Esta realidad, tal como se presenta ha llevado -probablemente en forma involuntaria- a la aceptación acrítica de la ausencia de algunos miembros del Cuerpo de Cristo del acto comunitario que más lo caracteriza: el culto. El culto es el momento en el cual toda la “familia Dei” vivencia su unidad en Cristo.

La comunidad cristiana no es un conjunto de individuos, sino una comunidad de hermanas y hermanos en la fe, una gran familia. Cada integrante de esta familia fue integrado (o lo será) a ella a través del bautismo, formando “un sólo cuerpo” (1Co 12.13; 1Co 10.17).

Partiendo de la situación actual

Considerando que los niños son parte del cuerpo de Cristo, parecería obvio que ellos también deberían estar presentes en el encuentro de la comunidad con Dios. Sin embargo, no es esta la situación reinante en la mayoría de nuestras comunidades. En algunas el culto comienza con la presencia de los niños, pero antes de la prédica ellos se retiran a otro lugar para el culto infantil, estando ausentes tanto de la proclamación de la Palabra como de la Cena del Señor, máxima expresión de la comunión con Dios y con los demás miembros del Cuerpo de Cristo. En el mejor de los casos ellos vuelven para la liturgia de despedida, para recibir la bendición y el envío. Podemos decir que actuando de esta manera la comunidad cristiana no es coherente con su comprensión de ‘familia’ y de ‘comunión’, cuya implicación es la inclusión y la participación de todas las personas.

Sin embargo, disponemos de suficientes herramientas litúrgicas que -a la luz de la investigación y de la práctica litúrgica- han demostrado ser relevantes y de gran ayuda

para vivenciar una liturgia inclusiva de manera significativa, con la participación de todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

Pero antes de dedicarnos a estos elementos y desafíos propongo dar una mirada hacia atrás para ver cómo fueron tratados los niños por Jesús y por las primeras comunidades cristianas. Talvez eso nos ayude a perder el miedo para modificar actitudes y situaciones que en nuestra cultura occidental y cristiana son consideradas inalterables, pues “siempre se han hecho así”.

Una mirada retrospectiva

Las palabras y los actos de Jesús (Mc 10.13-16 y paralelos) son la mayor prueba de que era su expresa voluntad -y por lo tanto la de su Padre- que los niños no fueran excluidos de la comunión con él. Jesús reprende a los apóstoles que intentan impedir que los niños se acerquen a él. Ellos consideran que para alcanzar el Reino es necesario convicción y decisión propias, devoción piadosa, es decir, más de lo que -a los ojos de los apóstoles- los niños son capaces. Jesús, sin embargo, se opone a esta postura. Él no ‘catequiza’ a los niños, tampoco los exhorta: simplemente los acepta. Esta aceptación incondicional de los niños por Jesús demuestra que para Dios la salvación no está ligada a la instrucción intelectual, al conocimiento de una dogmática o a la razón. Para Jesús también los niños, con su sencillez y su espíritu abierto, son incluidos en el Reino de Dios.

En el siglo IV según el testimonio de Egeria -quien describió detalladamente la vida cúlrica de los cristianos de Jerusalén- la presencia de niños en las celebraciones de aquella época era algo corriente, tanto como su participación activa. Respecto a la Liturgia de las Horas ella escribe: “Una vez terminada la recitación como de costumbre [de himnos y antifonas] el obispo se levanta y se para delante de la cerca, es decir, delante de la gruta. Entonces un diácono, según la costumbre, invoca los nombres de aquellos que quiere recordar. Cuando el diácono menciona cada nombre muchos niños allí parados responden: “Kyrie Eleison” – nosotros decimos “Señor, ten piedad” e incontables son sus voces.” (Novak, 84). Más adelante, en su relato sobre las celebraciones de la Semana Santa, describiendo el Domingo de Ramos, ella escribe: “Y todos los niños de la región, inclusive aquellos que por la poca edad no pueden caminar solos y que sus padres llevan en los brazos, todos llevan ramos – unos de palmera otros de olivo; de esta manera es guiado el obispo así como fue acompañado el Señor (Mt 21.8)” (Novak, 97). A partir de éste y otros testimonios de la iglesia antigua -como por ejemplo la Tradición Apostólica y Cipriano de Cartago (ambos del siglo III)- existen pruebas de la presencia y participación plenas de los niños en los cultos. Es decir que para la iglesia de los primeros siglos estaba claro que ser bautizado siempre significaba estar presente y participar del culto comunitario, no importando la edad (todas las personas, sean párvulos, niños, jóvenes o adultos, participaban a continuación del bautismo de la Cena del Señor). Por lo tanto en las primeras comunidades cristianas no encontramos celebraciones separadas para los niños, así como tampoco era necesario ‘adaptar’ las celebraciones para ellos (esto sólo surge luego del advenimiento de la psicología y de la pedagogía en tiempos más recientes).

¿Que comunidad se reúne para el encuentro con Dios?

Si en sus orígenes el culto era el lugar por excelencia en el que la comunidad de diversas generaciones se reunía ante Dios y donde era posible que se volviera “el

corazón de los padres a los hijos y el corazón de los hijos a los padres” (Mal 4.24), en la actualidad, como ya se ha apuntado, este sentido original dejó de existir. La reunión para el encuentro con Dios en muchas comunidades sucede en forma separada, según las edades y/o los intereses: el culto infantil, cultos de y para jóvenes, cultos para la tercera edad y el culto regular para los adultos. Deberíamos preguntarnos, sin embargo, si no es justamente la ausencia de niños del culto regular la que hace que el culto sea ‘de adultos’...

En el caso del culto infantil cabe preguntar si estas celebraciones, modeladas totalmente hacia los niños desde el punto de vista pedagógico, didáctico, lúdico y creativo no acentúan más aún la división entre adultos y niños. Es comprensible que después de participar de cultos totalmente volcados a ellos, los niños tengan dificultades de “sentirse en casa” en otro tipo de celebraciones, cuya liturgia (lenguaje, formas, música, etc.) les es totalmente desconocida, optando, en consecuencia, por retirarse de la vida celebrativa de la comunidad.

Con ello no quiero decir que deba ser abandonada la práctica del culto infantil, porque en la actualidad éste cumple su función específica debido a la ya existente división de niños y adultos. El desafío que se presenta es el de motivar a la comunidad para superar esta división.

Pero para ello necesitaremos, en primer lugar, llegar a un acuerdo sobre lo que entendemos por comunidad. Ya se ha dicho que la comunidad que celebra no es un conjunto de personas reunidas al azar. Los diferentes miembros, incluidas las diferentes generaciones, ingresan a ella a través del bautismo. En 1 Co 12.13 y en Ga 3.27-28 leemos: “Porque en un sólo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres [adultos y niños]; y todos hemos bebido de un sólo Espíritu”. Al desarrollar la imagen del cuerpo y sus miembros el apóstol Pablo acentúa la comunión aún -y sobre todo- entre diferentes. Y esta comunión entre los diferentes, así como entre las generaciones, como Cuerpo de Cristo delante de Dios, es afirmada, renovada y profundizada en cada culto.

Basado en ello podríamos decir que el ideal de vida de una comunidad de fe (también fuera del culto) es aquel donde interactúan personas de todas las edades. En una comunidad así todas las personas participan con sus dones, contribuyendo con sus experiencias, cambiando y transmitiendo ideas y modos de actuar. Es decir, no es sólo una persona o una generación que actúa sobre otras personas o generaciones, sino que todas las partes actúan, inician la acción y reaccionan. Este intercambio de acciones y de compromisos - una de las características más marcadas de la fe y de la vida cristianas - no permite que sigamos manteniendo categorías tales como adulto (el que sabe) y niño (el que necesita saber), socializador y socializado.

Por eso se puede afirmar con White que la exclusión o condición de miembro parcial o en preparación es una contradicción, pues Dios no actúa de forma parcial o preparatoria, sino incondicionalmente (White, 174).

En muchas comunidades esta interacción de las generaciones ha despertado el deseo de realizar celebraciones conjuntas, dando surgimiento al así llamado ‘culto familiar’, con la presencia de varias generaciones. Si, por un lado, esta es una solución ante el problema de la división de las generaciones, por el otro también corre ciertos riesgos: o los niños sólo son usados para ocupar lugares entre los adultos y llenar la iglesia, celebrándose un culto convencional con ellos; o se corre el riesgo de que el culto ‘familiar’ se transforme en un culto ‘infantil’ (usando juegos, caramelos y un lenguaje

‘infantilizado’), desconsiderando, de esta manera, las necesidades y las formas de expresión de personas que no son niños, así como a aquellas que no tienen familia. Por otro lado estos cultos no son regulares, sino esporádicos.

Es por ello que sería más adecuado pensar y hablar de cultos ‘comunitarios’ y no de cultos ‘familiares’, ya que el destinatario del Evangelio, y con ello del culto, es -sin lugar a dudas- la comunidad toda, sin excluir o desconsiderar a alguno de sus miembros. Es en el seno de la comunidad donde cada miembro del Cuerpo de Cristo experimenta el proyecto que Dios tiene para con su creación.

Espacio

El culto cristiano se desarrolla en el espacio. En ese espacio, generalmente en edificaciones llamadas ‘iglesias’ o ‘templos’, Dios se dispone a ser encontrado por su comunidad.

Por un lado, el espacio o local de la celebración expresa el misterio de Dios, de Jesucristo, del Espíritu Santo. Por otro lado, el espacio litúrgico se destina a la función litúrgica que es, por naturaleza, función humana. Esto significa que ese espacio es, antes que nada, espacio físico y humano. Necesita servir a las necesidades del cuerpo, pues la liturgia va a ser acto de expresión del cuerpo humano, más precisamente, de los cuerpos reunidos en un cuerpo mayor, el “cuerpo litúrgico”. Si este espacio limita la expresión de la alegría, de la alabanza, de la oración, de la comunión, de la Palabra, debería ser repensado (Maraschin, 75; 137).

El desafío que se presenta para celebraciones comunitarias -con la presencia activa de niños- es el de conjugar estas dos comprensiones. Es decir, el espacio debe favorecer la manifestación de la presencia del Dios trino y atender las necesidades de la comunidad de organizar su espacio, ofreciendo un ambiente cálido y festivo. Para ello será necesario considerar no sólo el espacio congregacional (donde se encuentra la comunidad celebrante), sino también el espacio de circulación (a través del cual la comunidad se mueve), el espacio bautismal (alrededor de la pila bautismal), así como el espacio eucarístico (alrededor de la mesa de comunión), sin olvidar el espacio de encuentro, en el cual las personas se mueven antes y después del culto (White, 70-72).

Así como fuera en el cristianismo primitivo, podría considerarse la posibilidad de ofrecer a los niños, también hoy, un lugar propio dentro del espacio congregacional durante la celebración, preferentemente cerca de la persona oficiante. Para la pedagoga Hélène Lubienska de Lenval (1895-1972), que escribió sobre la aplicación de los principios montessorianos para la formación religiosa de los niños, el lugar ideal para ello es el propio suelo: “(...) concedamos a los niños la libertad de instalarse en el suelo, según su voluntad: sentados o arrodillados (...)”. Según Lubienska la proximidad del suelo inspira un sentimiento de seguridad y de estabilidad; sillas y bancos, por el contrario, pueden cansar a los niños, llevándolos a la locuacidad. (Lubienska, p.12).

Para llevar esto a la práctica, habrá que proveer pequeñas alfombras, almohadas u otro tipo de confort, y un espacio lo suficientemente amplio, libre de bancos y/o sillas, buscando un ambiente doméstico, simple y flexible, que acentúe la pertenencia y la participación, la intimidad y la comunión.

Un espacio eucarístico también amplio, circular (preferentemente con la mesa de comunión en el centro), permitirá expresar la alegría por la presencia de Cristo entre las personas, posibilitando la comunión de la ‘familia Dei’.

Gestos-cuerpo-sentidos

Cuando Dios creó al ser humano lo hizo dotándolo de sentidos y diversas formas de expresión. Es a través de estos sentidos y formas de expresión que el ser humano se comunica con sus semejantes y con Dios. De la misma manera, Dios utiliza nuestros sentidos para hablarnos y tocarnos. La Cena del Señor y el Bautismo -con su riqueza en gestos y símbolos, y la apelación a los sentidos- son, talvez, las formas más claras y visibles de esta comunicación de Dios para con nosotros.

A lo largo de la historia, sobre todo a partir de la Edad Media, la liturgia fue influenciada por una concepción de rito que minimizó la comprensión de los gestos y de la expresión sensible, dando atención exclusiva a la expresión intelectual, sobrevalorando con ello el sentido auditivo. Sin embargo, cuando un rito se transforma en mera comunicación de ideas y formulaciones abstractas, el carácter espiritual se degenera en dogmatismo y racionalismo (Baronto, 19-20).

Este énfasis histórico en el sentido auditivo, tan presente en nuestras celebraciones actuales, no debería, sin embargo, impedirnos a buscar una mayor y mejor comunicación entre las personas y con Dios a través de los demás sentidos.

Para que un culto sea significativo para las personas y permita que éstas se expresen plenamente, debería comprender y estimular todos los sentidos. La propia naturaleza de la liturgia invita a que las personas se expresen con todo su ser; toda ella es acción del cuerpo. Es sabido que las acciones del cuerpo -la expresión y manifestación corporal- son una de las características propias de los niños. Tanto la pedagogía religiosa como la psicopedagogía parten de este supuesto y acentúan que el proceso del crecimiento de la fe sucede sobre todo a través de acciones. Es por ello que la liturgia, como acción de toda la persona, ofrece un óptimo espacio de participación y crecimiento en la fe por medio de gestos y de actitudes corporales.

Según Lubienska, el uso y cultivo del gesto (simbolizar las actitudes del alma mediante las del cuerpo) ha sido el método pedagógico de la Iglesia desde sus orígenes. El gesto es la expresión más espontánea del estado del alma, es anterior a la palabra y provoca, inevitablemente, una actitud interior. Respecto a los niños ella dice que la palabra, instrumento del pensamiento racional, “no toca a los niños por el hecho que su pensamiento no es racional sino intuitivo” y que “la manera de expresar el pensamiento intuitivo no es la palabra, es el gesto. Por eso el niño comprende moviéndose; para él, el pensamiento es acción” (Lubienska, 39). Sin embargo, en nuestros cultos también es importante que entre los gestos se de lugar a la actitud de silencio, para no caer en una movilización externa en perjuicio de la participación interna.

Es decir que los gestos, no sólo aquellos realizados por la persona oficiante sino los de toda la comunidad, ayudan para una participación más significativa y festiva de toda la asamblea litúrgica.

Símbolos (Este apartado se basa fundamentalmente en BUYST, Ione. *Celebrar con símbolos*, p. 30-46.)

Por ‘símbolo’ entendemos una señal sensible que evoca y hace presente una realidad invisible, como por ejemplo ‘la amistad’. Los símbolos tienen la capacidad de manifestar el misterio de Dios y de relacionar a las personas con él. La lógica racional, sin embargo, no alcanza el misterio. El pensamiento simbólico es más amplio, va más allá del pensamiento racional, y lo complementa.

Toda la liturgia está permeada de señales sensibles usadas simbólicamente. Ellas tocan las personas como un todo. Parten del cuerpo y tocan, a través de él, lo más

profundo de nuestro ser, no sólo nuestra mente, sino también nuestra afectividad. La participación ritual en el culto permite que las personas sientan la cercanía y la protección de Dios y que se regeneren para el día a día. Estas experiencias no dependen ni de una determinada edad, ni del grado de formación o de la clase social de las personas. La comunicación simbólica supera este tipo de barreras.

Es decir que el uso de símbolos va al encuentro de la vivencia y de la expresión de fe de niños y de adultos, no sólo por ser de orden pragmático, sino por despertar - a través de su lenguaje no-verbal, no-racional - afectos y sentimientos de pertenencia y de participación en el cuerpo de Cristo. Los cultos en los cuales se hace uso de la comunicación simbólica 'tocan' a niños y adultos por igual, permitiendo la comunión de las generaciones.

El desafío que se presenta para una vivencia significativa de cada culto es el de buscar la unidad entre el gesto corporal, el sentido teológico y la actitud interior o espiritual implícitos en cada símbolo y en cada rito.

Una de las características fundamentales de cualquier símbolo es que sobrepasa nuestras condiciones de entendimiento racional. El símbolo habla por sí sólo. El nace de la experiencia común de un grupo y por eso no precisa ser explicado. Explicarlo puede disminuir su fuerza o, inclusive, destruirlo.

Las personas responsables por la vida celebrativa de una comunidad tienen el desafío de despertar y de desarrollar su propia sensibilidad simbólica, así como la de toda la comunidad, buscando la mejor expresión posible de la experiencia religiosa de la comunidad a través de cada rito.

Lenguaje

Mirando el orden del culto se percibe una predominancia de elementos verbales que expresan, de diversas maneras, la relación entre Dios y las personas: en la oración, en la proclamación, en la acción de gracias, en el compromiso, en la intercesión, en la bendición y en el envío. Gran parte de estos elementos verbales son heredados del culto judío o del culto de la iglesia cristiana primitiva. Otros fueron agregados a la liturgia a lo largo de la historia del culto cristiano.

El culto es respuesta de una comunidad al llamado y a la invitación de Dios. La respuesta que la comunidad da a ese Dios debe expresar que es Él el que actúa en su medio. Para ello la comunidad dispone de un rico repertorio de lenguaje litúrgico.

Éste, sin embargo, debe ser usado de acuerdo al contenido o al sentido de cada elemento litúrgico. Cada parte de la liturgia tiene una forma propia de ser comunicada. Por ejemplo "el tono de voz de una oración será diferente del tono de voz para una proclamación del Evangelio. Un salmo no puede parecer una lectura. Una acción de gracias pide un tono diferente al de una súplica. En nuestra manera de pronunciar una palabra debe aparecer el sentido y el sentimiento que esa palabra carga dentro de sí." (Buyst, 66-67)

Así como la configuración del espacio, el uso del cuerpo y de los símbolos, también la utilización del lenguaje y de las formulaciones litúrgicas siguen el criterio de que todo culto debe permitir que el encuentro y el diálogo con Dios y con los semejantes se dé de una manera clara, simple y comprensible. De esta forma cada integrante de la comunidad podrá expresar genuinamente su fe. Esto, sin embargo, parece contradecir el lenguaje litúrgico comunmente usado, considerado 'arcaico' y 'pesado' por muchas personas. Sin embargo, es perfectamente posible respetar la tradición litúrgica y decir

hoy, “de una manera nueva, aquello que decían los padres cuando se reunían para celebrar la redención cristiana”. Porque es sumamente necesario “que el pueblo comprenda la lengua del culto, es decir, que se realicen todos los esfuerzos a fin de extirpar del culto fórmulas arcaicas, y que sea celebrado en el lenguaje común de los que de él participan”. (Von ALLMEN, 112-115)

Vale decir que el lenguaje del culto comunitario no puede estar direccionado totalmente a los adultos, como tampoco lo puede estar totalmente a los niños. El desafío está en lograr un equilibrio.

La participación activa, interna y externa, en el encuentro con Dios depende, en gran medida, de aquello que la lingüística llama “lenguaje performativo”. El lenguaje performativo transmite un contenido o un sentido que envuelve, compromete y conduce a las personas a participar, a actuar. El lenguaje performativo evita palabras explicativas. Explicaciones del tipo *Ahora vamos... Esto significa que...* interrumpen el clima festivo y de oración de la celebración (Buyst, 67) y no permiten que las personas se envuelvan en el acto litúrgico. En este tipo de lenguaje las frases son breves, claras y simples, concretas y vivas; ellas deben tener un sentido evocativo y afectivo. El uso de este lenguaje permite ir con más facilidad al encuentro tanto de niños como de adultos, y conducirlos a la participación.

Para la interpretación de la Palabra o predicación también es necesario utilizar un lenguaje simple y envolvente que transmita el Evangelio de forma directa y concreta, tanto a los niños como a los adultos. La narración, el contar historias, es una forma muy apropiada para ello.

La premisa que debería guiar a las personas encargadas de preparar y oficiar el culto es que éste no es lugar ni momento de enseñanza y aprendizaje, sino momento de encuentro festivo y edificante. No es necesario adaptar el lenguaje para que los niños entiendan racionalmente todas y cada una de las palabras expresadas. Importante es que ellos perciban la importancia que el culto y la comunidad tienen para los adultos. Es una comprensión y una vivencia acumulativa, que, celebración tras celebración, ellos van asimilando e incorporando en sus vidas.

Música

La música está íntimamente relacionada a los sentidos del ser humano y es capaz de tocarlo profundamente. No es posible negar la importancia de la música como forma de expresión del cristianismo ni su importancia en la tradición religiosa, sobre todo aquella proveniente de la Reforma. La música eclesial siempre ha sido una expresión de fe, música que nace de la fe. Por eso su razón de ser y su tarea no es, en primer lugar, la de adornar o embellecer las celebraciones. La música eclesial siempre fue y continúa siendo una de las maneras a través de las cuales la comunidad cristiana se dirige a Dios, para expresar sus necesidades y esperanzas. La música envuelve física, mental y emocionalmente a las personas. Ella es una perla dentro del culto. La música tiene la capacidad de unir los cuerpos en una vibración común y de elevar las mentes mediante tonos armónicos, fomentando la unidad de los individuos de la asamblea litúrgica en un sólo cuerpo en el Señor. De allí el valor de la música y del canto para ayudar tanto a niños como a adultos a entregarse al diálogo y a la comunión con Dios en cada culto.

Así como la música y la fe, también la música y los niños son una combinación natural. La fascinación por el sonido y el ritmo, los elementos básicos de la música, acompañan

a los niños desde su nacimiento. El canto les transmite - inclusive desde antes de nacer - tranquilidad, alegría, paz, confianza. De esta manera la música representa un valioso nexo de unión entre la vida de los niños y el culto.

Como parte integrante de la liturgia la música litúrgica está, por un lado, llamada a expresar ciertos contenidos teológicos y espirituales que son incorporados por las personas. A través de la música la persona toda puede ser tocada por el misterio del resurrecto.

Por otro lado, la expresión musical de un texto litúrgico está directamente relacionada con su contenido. La música debe expresar el sentido del texto. Por ejemplo, un canto de gloria debe manifestar más alegría, mientras que un canto de confesión de pecados requiere una expresión musical que lleve a la contrición. De esta manera, el canto litúrgico va al encuentro de una vivencia espiritual más significativa.

Esto sucede porque el sonido, la música, actúa directamente sobre nuestro cuerpo. La vivencia corporal de la música - el balanceo que el ritmo provoca y la armonía del canto - ayudan a incorporar el texto. En este sentido la familiaridad de los cantos tiene un gran valor litúrgico. De allí se deduce la importancia de formar un repertorio de cantos que niños y adultos de la comunidad de fe puedan compartir a lo largo del tiempo.

En este sentido, el músico o la música y/o el grupo musical cumplen una función importante y tienen una responsabilidad enorme. Ellos deberían tener presente que al hacer música litúrgica no están aportando un adorno para el culto, sino que están ayudando a las personas a expresar su fe. La música ayuda a formar una comunidad de oración en la cual niños y adultos actúen en conjunto.

Cómo incluir activamente a los niños en el culto

Desde la más tierna infancia se desarrollan importantes procesos del crecimiento de la fe a través de la afectividad, de la motricidad, de la vivencia corporal. Ese proceso no comienza ni termina con una cierta edad, sino que se desarrolla a lo largo de toda la vida. Es decir que es importante considerar, dentro de lo posible, todos estos aspectos -la afectividad y la familiaridad, el movimiento y la vivencia corporal, y el uso de símbolos - en la forma y los contenidos de la celebración. De esta manera la vivencia y los contenidos de la fe también pueden ser 'comprendidas' en forma no-abstracta y proporcionar la comunión entre las generaciones en la comunidad.

Presento a continuación algunas propuestas para la participación activa de los niños - en rigor, de cualquier persona - en la celebración.

Antes del culto:

- Ayudar a preparar el lugar de la celebración, por ejemplo ayudando a colocar los paramentos; preparando los elementos para la Eucaristía, el espacio propio para ellos, y, si hubiera bautismo, la pila bautismal.
- Participar del grupo que recibe y da la bienvenida a las personas que van llegando.

Durante todo el culto:

- Integrar el grupo de canto o el coro, entendidos como grupos que ayudan y apoyan el canto comunitario, y no como grupo que canta *para* la comunidad.
- Tocar algún instrumento musical, principalmente instrumentos de percusión (por ej., hechos por ellos mismos) para acompañar el ritmo de la música.

En la Liturgia de entrada

- La *Oración de Colecta* u *Oración del día* puede ser realizada de la siguiente manera: los niños son invitados a adelantarse para acompañar a la persona oficiante a orar junto a ella, diciendo todos juntos una frase que se repite varias veces a lo largo de la oración. Todos ellos, incluida la persona oficiante, hacen la oración tomados de las manos. La frase que los niños dicen se repite en cada culto; para cada culto la persona oficiante modela una oración nueva que contenga esa frase.

Liturgia de la Palabra

- Las *Lecturas Bíblicas* también pueden ser realizadas por los niños. Si las lecturas son hechas desde el estante de lectura habrá que proveer (con tiempo!) un pequeño estrado para que los niños alcancen sin problema la altura de la Biblia. También es posible que una persona adulta - preferentemente un referente afectivo para los niños - haga la lectura con la participación de algunos niños, que asumen algunas partes de la(s) lectura(s). En respeto a los niños, las lecturas siempre deben ser ensayadas previamente.

- Para la *Interpretación de la Palabra o Predicación* se ofrecen diversas posibilidades: a) Interpretación dialogada; b) Interpretación con elementos visuales (retroproyector, diapositivas); c) Interpretación en forma de narración, durante la cual los niños -sentados junto a la persona que predica - realizan gestos que ilustran el relato.

En los tres casos es posible cantar cantos breves, conocidos por todos, en diferentes momentos de la interpretación.

- La *Oración de Intercesión y Agradecimiento* también ofrece oportunidad para la participación de niños. Es posible que los niños expresen espontáneamente sus motivos de oración, o que lean motivos escritos con anterioridad. Los breves cantos o aclamaciones entre los diferentes motivos suelen ser adecuados para todas las edades.

En la Liturgia de la Cena del Señor

- Durante el canto del *Ofertorio*, mientras algunos niños y adultos buscan los elementos para la Cena, otros pueden preparar la mesa con el mantel y eventualmente algún pequeño arreglo floral. Cuando la mesa está preparada se aproximan aquellos que fueron en busca del pan y del fruto de la vid (jugo) y terminan de 'poner la mesa', colocando los elementos sobre la mesa. Las ofrendas también pueden ser recogidas y llevadas a la mesa tanto por niños como por adultos.

- Para el *Padrenuestro* los niños (los adultos también) pueden ser invitados a adelantarse y, tomados de las manos, orar la oración de nuestro Señor con gestos (ver aparte). Con el tiempo, quien sabe, toda la comunidad se anime a orar de esta manera.

- Luego de haber deseado la *paz de Cristo* a la comunidad, la persona oficiante puede invitar a los niños a que 'lleven' y transmitan esa paz a las personas presentes; luego éstas se desean mutuamente la paz de Cristo.

- Partimos del supuesto que, en virtud del bautismo, tanto niños como adultos participan de la *Cena del Señor*. Las palabras tradicionales de la distribución ("Cuerpo de Cristo, dado por ti"; "Sangre de Cristo, derramada por ti") pueden ser utilizadas para los adultos. Sin embargo, a fin de no confundir a los niños algunos autores proponen usar otras palabras que expresen igualmente la presencia de Cristo, como por ejemplo: "Este es el pan de la vida"; "Toma, come/bebe, Cristo está con nosotros"; "Este es el cáliz de la nueva alianza, dado por ti", u otras semejantes.

- En *cultos con bautismos* además de las ya mencionadas se ofrecen otras alternativas para la participación activa de los niños, relacionadas directamente con el rito bautismal. Por ejemplo: cada niño recibe un pequeño vaso, el cual una persona adulta llena lentamente desde una jarra llena de agua. Antes o durante las palabras alusivas al agua (oración de las aguas) los niños, de a uno, van llenando la pila/fuente bautismal con el agua de sus vasos.

Durante todo el rito los niños pueden acompañar la comitiva bautismal y observar de cerca las diferentes acciones.

Podría considerarse la posibilidad de que un niño (mayor) encienda la vela bautismal en el cirio pascual y la entregue a la familia del niño bautizado o a la propia persona bautizada.

Si hubiera un espacio para expresar votos para el niño o la persona adulta bautizada, debería dársele también la palabra a los niños que quieran hacerlo.

A modo de conclusión

Son muchas las alternativas que se presentan para la participación activa de niños. Sería un error, sin embargo, pretender aplicar todas las propuestas juntas desde un comienzo. Todo cambio es lento y paulatino. La premisa más importantes para modelar cultos es la de mantener la estructura básica del culto para que la comunidad reconozca la liturgia que le es propia. Los equipos de liturgia, pastoras y pastores, músicos, catequistas, diáconas y diáconos, colaboradoras y colaboradores laicos deberán evaluar que alternativa es la más apropiada para comenzar a ser incorporada. Todas las propuestas requieren una cuidadosa preparación y, sobre todo, un buen trabajo en equipo. Esta sería también una de las maneras de expresar y promover el aspecto comunitario del culto. Y además de los niños, no podemos olvidar de incluir también a sus madres y a sus padres en el proceso de cambio.

Pastoral y pedagógicamente es necesario que el tema de la presencia de los niños en el culto sea instalado y discutido en todos los grupos de la comunidad, comenzando preferentemente por la comisión directiva.

El apóstol Pablo dice: “Aunque somos muchos, todos comemos de un mismo pan, y por eso somos un sólo cuerpo” (1 Co 10.17).

La aceptación y aplicación plenas de estas palabras suceden cuando los niños son incluidos en el culto regular de la comunidad, en la celebración que edifica y da vida al cuerpo de Cristo.

Carla Irina Ostrowski, de la Iglesia Evangélica del Rio de la Plata, es profesora de música; obtuvo el grado de Master en Teología por el curso “Mestrado Profissionalizante em Teologia - Area de Concentração: Liturgia”, en el *Instituto Ecumênico de Pós-Graduação* de la *Escola Superior de Teologia*, São Leopoldo, Brasil.

Bibliografia

ALLMEN, J. J. VON. *O culto cristão* : teologia e prática. São Paulo: ASTE, 1968.

BARONTO, Luiz Eduardo Pinheiro. *Laboratório litúrgico* : pela inteireza do ser na vivência ritual. São Paulo: Editora Salesiana, 2000.

BUYST, Ione. *Celebrar com símbolos*. São Paulo: Paulinas, 2001.

GÄBLER, Christa. *Kinder im Gottesdienst*. Sturrgart; Berlin; Köln: Kohlhammer, 2001.

LUBIENSKA DE LENVAL, Hélène. *Silêncio, gesto e palavra*. Lisboa: Editorial Aster, ?.

MARASCHIN, Jaci. *A beleza da santidade* : Ensaios de liturgia. São Paulo: ASTE, 1996.

MÖLLER, Christian. *Gottesdienst als Gemeindeaufbau* : Ein Werkstattbericht. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 1990.

NG, David; THOMAS, Virginia. *Children in the worshiping community*. Atlanta: John Knox Press, 1981.

NOVAK, Maria da Glória. *Peregrinação de Etéria* : Liturgia e Catequese em Jerusalém no século IV. Petrópolis: Editora Vozes, 1977.

WESTERHOFF, John H. *Tendrán fe nuestros hijos?* Buenos Aires: Editora La Aurora, 1978.

WHITE, James F. *Introdução ao culto cristão*. São Leopoldo: Sinodal, 1997.